

Cuidado, sálvense. De pronto la persona que había sacado el telescopio avanzó hacia él para ayudarlo, los niños se mantuvieron en el auto, indefinidos, sus rostros se estaban convirtiendo al ver el lugar. Ya no era sencillez ni inocencia lo que se contemplaba en ellos, era pavor y lágrimas, llanto, desesperación. ¡Corran! ¡Corran! Están arriba, arriba, los van a matar. No lo entendían. Pero teníamos que venir y salir inmediatamente de acá, teníamos que encontrarnos con nuestros padres, hemos traído todo lo necesario, ¿quiénes los atacaron? Los de arriba ¿Arriba? Youssef terminó callando solo para pensar en esa gente inocente, en esas mujeres y esos niños que pronto conocerían la situación que les aguardaba. Se acordó por última vez de su familia. ¿Ya no los vería? ¿A dónde irían? La desesperanza colmó el momento. Miró por última vez el cielo antes de mirar el rostro de quien estaba frente a él, allá ya no existía un dios, solo dos aves gigantes vestidas de metal y dando vueltas sin poder ser vistos. Sus ojos se abrieron por última vez, destellaron. El ave gigante cobraría los pecados de esas personas.

V

Tenemos la última información del momento. Al parecer las tropas de Occidente han repelido un ataque insurgente de las afueras de la ciudad de Bagdad. Esta operación ha costado la vida de doce personas. Nos informan que este grupo poseía armamento bélico sumamente peligroso para comercializar. Las tropas disiparon a este grupo de manera eficiente, según nos cuenta el teniente de la zona 13.

SILENCIO

Gianfranco Hereña

Mi padre tiene una amante, lo sabemos desde hace mucho. Es raro que este sea un secreto a voces dentro de mi casa. Conocemos el nombre de la mujer, su procedencia y hasta la marca de ropa interior que suele usar cada vez que se revuelcan en un hotel de la calle siete. Mamá y yo nos hemos resignado. Ambos hemos decidido firmar el que yace con letras imaginarias que papá tiene derecho a hablar con la susodicha por teléfono, mas no el privilegio de traerla a nuestro departamento. También figura que se debe permitir la delicadeza de cerrar las puertas cada vez que conversen, más que nada porque me aturde y muy en el fondo se enciende un amago de furia. Sí, este escenario hubiese sido imposible tiempo atrás. Considero que todo se debe a aquello de que el ser humano es un ser de costumbres. Hoy todos sabemos lo que nos conviene. Incluso, he llegado a comprender que a papá le haya provocado vivir sus últimos días con una mujer más joven que mamá. Ella con el tiempo ha resignado las chances por retomar su cariño.

La hemos visto por fotos, en su billetera. A veces también en lencería, cuando papá deja su correo abierto y me provoca echarme a leer sus conversaciones. Por el rostro, diría que es todavía menor de edad. Bien podría ser la hermana que nunca tuve. Una hermana que escribe con faltas ortográficas, ambiciosa, lo suficiente como para caer rendida ante la mentirosa tarjeta de presentación de papá.

Algo debo de admirarle a ese hombre y es que es experto en crear mundos paralelos. Su rostro en el DNI, también falso, no es el mismo que he conocido en estos veinticinco años. Es la primera vez que veo a papá sonreír en una foto. Quizás sabía que el cometido final de esa felicidad artificial era la palabra que figura dos líneas más abajo: soltero. Con ello a mamá y a mí nos quedó claro que nos había borrado de su vida. Hemos hecho lo mismo. Ahora papá solo existe de noche, cuando viene a cenar. Apenas entablamos diálogos protocolares y mantenemos la diplomacia. Nadie menciona nada. Casi todo es silencio.

Hoy, sin embargo, habló hasta por los codos. Así suele suceder cada vez que comete un delito. No es de sorprenderme que a estas ya esté enterado de que la mujer nos envió una carta con las pruebas que indicaban su embarazo de cuatro meses y medio. A mamá le regaló una caja de bombones, improvisó algunas palabras de autculpa, habló conmigo sobre el partido de ayer, hasta que de pronto pareció fatigarse y echó la cabeza para atrás.

La espuma blanca que emanaba de su boca me hizo comprender el porqué mamá me había mandado a comprar aquellas pastillas en la farmacia.

Ella se puso de pie. Recogió los platos. Hacía tiempo que no la veía tan ágil. La observé intentando hallar una respuesta y por más que quise arrancarle una palabra, terminé por rendirme ante el cadáver expuesto ante la mesa.



REDUCCIÓN DE TEXTOS

Diego Escalante Urrelo

El sol de la tarde teñía la avenida de un naranja inusual. La campana de salida acababa de liberar a Domingo de la prisión colegial. El día fue un misterio inexplicable para él; lo había dejado confundido y atolondrado. Su mente se disipaba entre teorías e ideas sueltas tratando de explicar lo sucedido, se distraía mientras esperaba en el paradero... esperaba... esperaba...

—Carajo, no puede ser que también mi micro me ignore.

Una señora que subía a un bus miró de pies a cabeza al escolar.

Resignado, resolvió volver a casa caminando. Su día estuvo lleno de situaciones extrañas. Se había quedado dormido, como de costumbre, y al llegar al colegio, había dudado mucho antes de dejarlo entrar. Felipe, su cómplice para armar bromas, no le había prestado mucha atención, casi como si se hubiesen peleado. Sus profesores ignoraron sus intentos de intervenir en clase. Se sentía excluido, casi eliminado. Pensaba si es que todo no sería una mala broma, una conspiración.

La calle se sentía cálida a pesar del otoño y el sol parecía congelado en el cielo. El viento desordenaba el enredado cabello de Domingo. Aprovechando la caminata, se desvió hacia uno de sus parques favoritos. En la mochila llevaba una edición a medio leer de un libro de ciencia ficción sobre viajes a Marte y las aventuras de los colonizadores del planeta rojo. Excusa y compañía perfecta para tomarse un descanso.

El viento hacía crujir los antiguos y altos árboles de eucalipto. Los rayos de sol